

San Juan de Ávila

El vestido blanco de la gracia simboliza la blancura real e intrínseca de la gracia santificante. El Santo Ávila, preocupado con la herejía protestante, según la cual el hombre continúa siendo un pecador a quien no se le imputan o toman en cuenta sus delitos, en atención al amor del Padre a Cristo, que murió por nosotros, escribe unos capítulos que son elegante muestra de honda vulgarización teológica.

El alma no sólo no tiene pecados, sino que disfruta de una verdadera justicia, distinta de la personal de Cristo, si bien merecida por El, del mismo modo que los invitados llevaban sus vestidos blancos, propios de cada uno de ellos, aunque los hubiesen recibido de la liberalidad de su huésped. De ello se deduce también la necesidad de conservar este vestido incontaminado de cualquier pecado y que no basta ser llamado por Cristo si no se acepta su vestido (cf. *Audi Filia* c.88-90, ed. Apost. de la Prensa, Madrid 1951, p.311-321).

A) La vestidura blanca o la gracia intrínseca

a) LIMPIEZA Y JUSTICIA DEL ALMA

'No penséis que por llamarse Cristo *nuestra justicia* (1 Cor. 1,30), o por decir que somos hechos agradables *en El*, o por semejantes palabras, no tengan, los que están en gracia propia, justicia en sí mismos, por la cual sean justos y agradables a Dios, distinta de aquella por la cual es justo Jesucristo nuestro Señor; porque creerlo así sería muy grave error, el cual nace de no conocer el amor que Jesucristo nuestro Señor tiene a los que están en gracia, al cual no le consintieron sus amorosas entrañas que, siendo El justo y lleno de bienes, dijera a sus justificados: Contentaos con que yo tenga estos bienes y tenedlos por vuestros en mí aunque en vosotros mismos os quedáis injustos, desnudos y pobres. Ninguna cabeza hubiera que tal cosa dijera a sus miembros vivos, ni esposo a su esposa, si mucho la amara, y menos lo dirá el celestial Esposo, que es dado por ejemplo a los otros para que, a semejanza de El, amen y traten a sus esposas. *Varones*, dice San Pablo (Ef. 5,25-26), *amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia, y se entregó por ella para la santificar, limpiándola con el bautismo y palabra de vida*. Pues si la santifica, lava y limpia, y aun con su propia sangre, que es la que da virtud a los sacramentos para limpiar las ánimas por la gracia que dan, ¿ cómo puede quedar injusta o sucia la que con tan eficazísima cosa es limpia y lavada?'

b) EL ALMA LIMPIA DE PECADOS

Los profetas habían anunciado enérgicamente esta verdadera limpieza del pecado que supone el borrarlo totalmente del alma. Decía, por ejemplo, Ezequiel (36,25): *Os aspergeré con aguas puras y os purificará de todas vuestras impurezas, y*

Miqueas (7,19) que Dios *volverá a tener piedad de nosotros, conculcará nuestras iniquidades y arrojará a lo hondo del mar nuestros pecados*. Así se verificó cuando la sangre de Jesucristo nos limpió de todo pecado (1 Jn. 1,7).

El interpretar esto de modo que Dios no haga desaparecer de nosotros totalmente la culpa, sino que se limite a no castigarla, sobre ser un retorcimiento, del sentido real de las Escrituras, es una ofensa para Cristo, a quien se le supone capaz de perdonar la pena, que es lo menos, y dejar al alma con la culpa, que es lo principal.

La Sagrada Escritura habla de *novedad de vida* (Rom. 6,4), de *corazón limpio de nuevo creado* (Sl. 50,12), anunciado también por Ezequiel (11,19). 'Esto promete Dios a los que primero había dicho que *los había de limpiar de todas sus suciedades*, y abajo dice: *Yo os salvaré de todas ellas* (Ez. 36,29), para dar claramente a entender que el salvar de los pecados no es sólo quitar la pena de ellos, sino dar la limpieza interior y tal corazón y gracia y espíritu, que baste a hacer guardar los mandamientos de Dios...'

c) LA GRACIA INTERNA

Todos aquellos pasajes en los que el Señor se muestra llamando a la puerta de las almas y deseoso de entrar a morar en ellas, indican no que deje de imputar el pecado, sino que lo perdona totalmente. Aun más, que 'da la gracia y la limpieza del corazón y virtudes y Espíritu del Señor con que pueda guardar su ley y por vía de hijos y de buenas obras gozar de Dios para siempre'. Se llama a Cristo Salvador de pecados principalmente, no porque nos levante el castigo, sino porque al borrarlos nos devuelve la gracia y hermosura (c.88).

d) LA GRACIA FUENTE DE MERITO

'Tales son los que Jesucristo nuestro Señor tiene incorporados consigo como miembros vivos, que les alcanzó la gracia cuando no la tenían con que agraden al Padre; y, después de alcanzada, hagan obras que tengan condignidad (valor de condigno) para merecer la vida eterna como galardón justo de tales servicios y como herencia debida a los hijos.

Y si os parece cosa desproporcionada a la humana bajeza hacer cosa que tenga igualdad de merecimiento con la alteza y eternidad del celestial reino, no miréis vos para esto al hombre a solas, sino honrado y acompañado con la celestial gracia que en su ánima le es infundida y *hecho participante de la naturaleza divina*, como dice San Pedro (2 Ped. 1,4). Y miradlo como miembro vivo de Jesucristo nuestro Señor, que, incorporado en El, vive y obra por el espiritual influjo que le viene de El, y participa de sus merecimientos. Las cuales cosas son tan altas, que tienen igualdad con las que se esperan, y son bastantes para que de los que así viven se pueda afirmar que cumplen la ley de Dios; y lo que San Pablo pide a los Colosenses (1,10) y Tesalonicenses (2 Tes. 1,12), cuando les dice que *vivan dignamente de Dios*, a los cuales no les pidiera cosa tan alta si no entendiera que con los

favores ya dichos la pudieran cumplir, y que era más obra de Dios que no de ellos...'

e) EL PECADO INCOMPATIBLE CON LA GRACIA

Insistiendo contra la teoría protestante de que el hombre continúa siendo pecador, el Santo expone las siguientes magníficas razones:

1. Cristo no puede amar el pecado

'Mas tal honra como ésta del todo es contraria a su verdadera honra y a la verdad de la Escritura divina. Ninguna honra es, por cierto, para un juez que deje de castigar o que quiera bien a algunos malos porque viven con su hijo, porque demuestra en ello que el hijo no es perfecto amador de la bondad, pues ama a los malos criados; y que el padre no es amador de justicia, pues sufre y ama a los que había de castigar sin respeto de nadie'.

2. Cristo no puede tener un cuerpo pecador

'Los que han de ser criados agradables a Cristo nuestro Señor no han de tener maldad de pecado mortal, pues que Él es cabeza que influye en ellos, como en miembros vivos, el influjo de su espíritu y gracia, con la cual viven vida ajena de pecado y semejante a la de El. Porque espantable monstruo sería en lo corporal cabeza de hombre y cuerpo de animal bruto; y así lo sería en lo espiritual que debajo de cabeza justa, limpia y llena de virtudes, hubiese miembros vivos contrarios a El. Frescos están los sarmientos, y llenos de fruto, cuando están vivos en la vid, y por esta comparación quiso Cristo que entendiésemos qué tal están los suyos que están en gracia incorporados en El (Jn. 15,5), porque están semejantes a El, teniendo propios bienes que reciben de El y por El, para que así se cumpla lo que dice San Pablo (Rom. 8,29): *Que los que han de ser salvos, ordenó Dios que fuesen conformes a la imagen de su Hijo*. Pues ¿cómo puede haber semejanza entre cabeza que siempre guardó los mandamientos de su Padre y entre miembros que, por muy perdonados y justificados que estén, están siempre quebrantando con entero quebrantamiento el primero y noveno mandamientos de Dios? Ni hay participación de bondad con maldad (2 Cor. 6,14), ni de Cristo con quien quebranta los mandamientos del Padre, pues El predicó (Mt. 7,21): *No todo aquel que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, mas el que hiciere la voluntad de mi Padre*'.

3. Guarde los mandamientos el siervo, como los guardó el Hijo

'Dice el mismo Señor (Jn. 15,10): *Si guardáredes mis mandamientos, estaréis en mi amor; como yo guardé los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor*. Pues ¿quién habrá que espere que, quebrantando los mandamientos, sea amado del Padre por respeto de Jesucristo, pues que (El) permanece en el amor del Padre guardando sus mandamientos? No será, cierto, amado el esclavo sino por la vía que lo fue el Hijo; ni El tendrá en su gracia y amor sino a quien guardare sus mandamientos, como claramente lo

dijo en las palabras ya dichas. Y porque nadie en esto se engañase, habiendo dicho primero (Jn, 15,4): *Estad en mí y yo en vosotros*, dijo después (ibid. 9): *Estad en mi amor*. Y para declarar qué era estar en El y en su amor, dijo (ibid. 7): *Si estuviéredes en mí y mis palabras estuvieren en vosotros, cualquier cosa que quisiéredes pediréis y os será cumplida*. De manera que quien quebranta sus palabras, no piense que está en su amor, ni incorporado en su cuerpo como miembro vivo, porque fija está la sentencia de la divina Escritura, que dice (Sap. 14,9): *Aborrecible es a Dios el malo y su maldad*. Y para declarar el Señor cómo los suyos no son aborrecidos, sino amados en si mismos, dijo a sus discípulos (Jn 16,26-27): *No os digo ahora que rogaré al Padre por vosotros, porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis a mí y creísteis que salí de él*; como si dijese: Poco ha que os dije (Jn 14,16): *Yo rogaré al Padre, y daros ha otro consolador*. Mas no penséis que he de rogar por vosotros como acaece rogar uno a su amigo que dé algo a otros, con los cuales aquel rogado está mal; y lo que les da es solamente porque ama mucho al que se lo ruega, y quédanse los otros desamados y desagradables como antes estaban. No es así acá, porque por haberme amado y creído, mi Padre os quiere bien y le parecéis bien, y tenéis licencia, como gente amada con propio amor y que tiene propia gracia y justicia, para entrar vosotros delante su acatamiento y pedirle lo que habéis menester en mi nombre. Y lo que yo por vosotros ruego es como por gente amada, a la cual el Padre hace mercedes porque yo la pido y porque para vosotros la pido' (c.89).

f) LA GRACIA SE RECIBE DE CRISTO

El que el hombre la disfrute y esté dotado de ella no sólo no va en mengua de Cristo, sino que realza el valor de su obra, 'pues es claro que cuanto ellos más justos y más hermosos estén, tanto más se manifiesta ser de gran valor los merecimientos de Aquel que tanto bien alcanzó a los que de sí no lo tenían ni merecían'. Si San Pablo dice a sus conversos que *ellos son su honra y corona delante del Señor* (1 Thes. 2,19), '¿cuánto más lo serán de Jesucristo nuestro Señor los que por El son traídos a honra de hijos y a riquezas de bienes, y tanto mayor cuanto los bienes fueren mayores? '

No suelen querer los hombres acompañarse de personas que valgan lo que ellos por no sufrir la comparación; pero, en cambio, Cristo tiene *caridad que excede a todo nuestro conocimiento* (Eph. 3,19), suficiente para tener nuestro bien por suyo, y porque lo alcantásemos muy grande dió su vida, y siendo Hijo único nos tomó por hermanos. *Lleno de gracia y de verdad* (Jn 1,14), de la que nos enriquece a todos, pues si *la gracia y la verdad fue hecha por Jesucristo* (Jn 1,17), fue para que se derivase a todos los humanos.

El amor del Padre a su Hijo fue un amor tan lleno que rebosó sobre él en bienes infinitos, y de este mismo amor quiere Cristo hacernos partícipes cuando dice *que el amor con que me amaste esté en ellos* (Jn 17,26). Amor, pues, del Padre que se derrama sobre nosotros y nos inunda de gracia en atención a Cristo, que lo desea (c.90).

g) EL HOMBRE SIN LA VESTIDURA. EL PECADO ARRUINO LA HERMOSURA DEL ALMA

'Mucho nos hemos apartado de la pregunta que preguntamos: ¿De dónde hermosura al ánima, para que Dios la codicie? Y ha sido la causa porque no pensemos que lo habla es el Rey por la hermosura del cuerpo. Ahora tornemos a nuestro propósito.

Habéis de saber que para ser una cosa del todo hermosa cuatro cosas se requieren. La una, cumplimiento de todo lo que ha de tener; porque, faltando algo, ya no se puede decir hermosa, como faltando una mano o pie o cosa semejante. La segunda es proporción de un miembro con otro, y si imagen de otra cosa, ha de ser sacada muy al propio de su dechado. Lo tercero ha de tener pureza de color. Lo cuarto, suficiente grandeza, porque lo pequeño, aunque sea bien proporcionado, no se dice del todo hermoso.

Pues si consideramos todas estas condiciones en el ánima pecadora, hallaremos que ni una sola de ellas tiene. No cumplimiento, porque faltándole la fe o la caridad y dones del Espíritu Santo, los cuales había de tener, no se puede decir hermosa a quien tantas cosas le faltan. No tiene proporción entre sí, porque ni obedece la sensualidad a la razón, ni la razón a Dios. Mayormente, siendo el ánima criada a imagen de Dios, era razón que para guardar su hermosura fuera semejante en las virtudes a su dechado, como lo es en su ser natural. Pues siendo Dios bueno y el ánima mala; Dios limpio, ella sucia; Dios manso, ella airada, y así en lo demás, ¿cómo puede haber hermosura en imagen que tan disconforme está a su dechado? Pues lo tercero, que es una luz espiritual de gracia y conocimientos que avivan la hermosura del ánima, como los colores al cuerpo, también le falta; porque ella anda en tinieblas y está *denegrida más que carbones*, como lo llora Jeremías (Lam 4,8). Pues menos tiene lo cuarto, pues no hay cosa más poca ni chica que ser pecador, que es nada y menos que nada.

De manera que faltándole todas las condiciones para ser hermosa, sin duda será fea. Y porque todas las ánimas, que en los cuerpos que de Adán vienen, son criadas, ordinariamente son pecadoras, síguese que todas son feas' (cf. *Audi filia* ed.cit. c.106 p.367-368).